

sagra. Ello se produce sin perjuicio de la más honda objetividad del arte en la medida en que sólo la experiencia como momento afortunado (*kairós*) descubre para el sujeto atento la dimensión espiritual, ya sea en los artefactos que aún llamamos «artísticos», ya sea en los acontecimientos de la vida.

Finalmente, existe el peligro de concebir el mundo del arte como aquel depósito de significaciones que aceptando el estado de cosas ayuda a desactivar la violencia, la cual ha venido a convertirse en el error metafísico mismo.

Apenas podemos aludir aquí a esa dimensión de estética y poder. Cabe decir al menos lo siguiente: que bien está llamar «arte» al *modus cognoscendi* de un mundo en el que la violencia se ha vaciado de contenido dinámico —ya no es explicativa ni necesaria. Pero aun así la irracionalidad inercial de la violencia sigue siendo fuente del arte, de modo que la estética no muestra sólo el *idealismo utópico* de un mundo infectual, sino también el lado misterioso de una sociedad que perpetúa las relaciones de poder como dominación.

Otra cosa sería cerrar los ojos a la desigualdad injusta echando por la borda la razón de toda filosofía política.

CULTURA MATERIAL Y CALIDAD DE LA VIDA URBANA

ANTONIO FERNÁNDEZ ALBA



Aquellos espacios que, para la ciudad, se intuían en los esbozos gráficos de las primeras vanguardias no han resultado ser tan confortables como las idílicas imágenes que ilustraban los croquis y dibujos de sus esforzados progenitores, propugnando más aire, más luz y más verde, para equilibrar el deterioro de la incipiente ciudad industrial.

Frente a estas «ideas gráficas» de la futura metrópoli, hoy podemos contemplar unos espacios urbanos contaminados por el tráfico, atrofiados por los ruidos, iluminados por los signos de unos mensajes cada vez más esquizofrénicos. Un insoportable malestar urbano se presenta como respuesta a las entusiastas ilustraciones que manifestaban el progreso y la razón como valores irrefutables de una victoria sobre la enmohecida ciudad burguesa. El alma de la ciudad soñada por Rilke entregaría sus espacios a la mecánica de la ciudad bien acotada por Le Corbusier, pero razón y progreso no cumplieron su ilusión prometeica, y aquellas virtudes de la forma que bañaban la nueva arquitectura se encuentran ahora tan distantes de sus primigenios perfiles que vagan por las grandes ciudades como meteoros engañosos del día y de la noche.

Bienestar y «confort» intentaban suplir la decepción que llevaba consigo este alterado fraude en torno a la razón y el progreso, y se confundieron con la felicidad, bien como medios para su conquista o como fines en sí mismos para recuperar tal felicidad. Ahora, en los finales del siglo, percibimos que nuestras ciudades han crecido con una permisividad tan desmesurada que resulta difícil usufructuar las conquistas tecnológicas del «confort». Espectaculares edificios camuflan el espacio de la ciudad con ilusorias escenificaciones que parecen transformar la arquitectura en un supermercado de objetos cosmetizados en el espacio habitado.

Imitadores tardíos y epígonos reciclados en el arte de construir la ciudad se apresuran a recoger los fragmentos y restos de la metrópoli herida y, de nuevo, los arquitectos se presentan como salvadores en la crisis de la ciudad de fin de siglo. No son pocos los diseñadores del medio urbano que ofrecen por doquier respuestas y remedios para solventar los efectos negativos a que han conducido los desequilibrios de una ciencia urbana aplicada en el contexto de una cultura científico-técnica de fabricación de imágenes bajo los auspicios de un clasicismo posmoderno.

Pero estas interpretaciones gramaticales no aparecen tan claras en la práctica de la construcción del espacio contemporáneo y, sobre todo, en su realidad habitable, donde cada vez y con mayor elocuencia el espacio que reproducen estas arquitecturas se aleja de la formalización del lugar; por su parte, las relaciones estéticas de producción en las que tales arquitecturas se desarrollan no engarzan con precisión en el destino social al que pretenden dirigirse. En su relación con la realidad empírica en que se produce el espacio de la ciudad actual, estas arquitecturas figurativas apenas pueden suministrar imágenes coherentes con la dinámica actual de la gran metrópoli: tránsito de masas y nuevos medios de comunicación, simultaneidad de acciones o pluralidad de coexistencia, flexibilidad y cambio, movimiento y vacío.

Una constelación de fragmentos de la muerte industrial estructura aún los vacíos de la ciudad. El espacio por donde discurre la vida urbana rinde tributo a una mitología tecnificada, y el tiempo del hombre en sus reductos urbanos parece haber muerto ante el conjuro tecnocrático. Son dos acontecimientos que vienen ligados a la ruptura inicial de las vanguardias con la ciudad, y a la triple escisión del «yo» moderno (mun-

145

do interior, naturaleza y sociedad); todo ello ha dado lugar a cambios en la interpretación de la espacialidad y en la conducta que en estos lugares tienen que adoptar sus habitantes.

Tres de los acontecimientos más significativos acaecidos durante el siglo XX: revolución de 1917, asalto a la razón en 1933 y desarrollo de una conciencia competitiva, con el triunfo del mercantilismo, junto a tres concepciones de la espacialidad moderna: abstracción, surrealismo y cubismo, aclaran con precisión los resultados incongruentes y los rasgos positivos del hábitat moderno, aunque tendremos que convenir que las conquistas no han sido satisfactorias, y que los lugares de la ciudad sufren la tergiversación de sus territorios más específicos.

La ciudad se atomiza en usos, funciones, conductas; los procesos que desarrolla su construcción son de naturaleza policéntrica y deben atender a diversos factores, y, en definitiva, tendrían que manifestar su última finalidad: habitar. Pero no parece que los hechos reproduzcan tan elemental relación. La ciudad contemporánea se desarrolla bajo postulados poéticos y fatídicos, en alternativas derrotas y ensimismamientos míticos al servicio del poder mercantil, y no como un modelo de introspección analítica acerca de los problemas sociales, culturales, funcionales y antropológicos. De todo ello dan pruebas más que expresivas las experiencias frustradas por hacer efectiva la conquista: la nueva ciudad. La decadencia del espacio urbano, como bien se sabe, es un proceso singular e importante del *Dasein* de las ciudades, pero, en nuestro tiempo, los estigmas de tan acelerada decrepitud han hecho del ciudadano moderno un habitante neutro en los territorios del dolor, tal vez porque entre el dolor y la nada, como argumenta César Fuentes, el dolor es el signo de los invictos.

Nos encontramos, pues, ante una nueva idea de metrópoli, ante una concepción filosófico-política para encarar la ciudad evolucionada, no para postular unos modelos revisionistas acariciados por la nostalgia de un romanticismo tardío. Ya August Endell, en 1908, advertía de lo accidental de la forma en arquitectura:

Quien piensa en arquitectura entiende siempre, en primer término, los elementos constructivos, las fachadas, las columnas, los ornamentos. Ello, sin embargo, es secundario. Lo importante no es la forma, sino su opuesto, el espacio, el vacío que se extiende entre los muros, que es limitado por ellos, pero cuya vitalidad prima sobre las paredes. Quien sea capaz de sentir el espacio, sus direcciones y su medida; a quien estos movimientos del vacío le signifiquen música, a él se le abre el acceso a un mundo casi desconocido.

Vivimos la ciudad bajo el dominio de unos presupuestos planificados, ligados a las plusvalías del lucro; tiempo y espacio adquieren, en el medio urbano, una aceleración y una dimensión desconocidas, controladas por leyes de racionalidad tecnocrática que prescriben la morfología de la ciudad. La realidad antropológica se muestra sometida a un intercambio permanente de metamercancías, de familias de objetos en competencia permanente que impiden al habitante de la ciudad descubrir su propia identidad, tanto por lo que respecta al tiempo como a sus lugares de residencia, haciendo de los usuarios de la ciudad personajes confusos en su propio territorio, eventuales moradores en tránsito hacia la identidad perdida, refugiados, como aventurara M. Proust, «en un miserable extracto de líneas y superficies».

¿Por qué en lugar de camuflar esta ideología de la depredación sobre la ciudad, a través del eclipse romántico de la última arquitectura, no desvelar la «voluntad de estilo» en que limitan las estrellas del firmamento arquitectónico, y la servidumbre con que se prestan a erigir los nuevos fetiches, bajo la economía capitalista, en la ciudad postindustrial? El mercado sobre el espacio de la metrópoli actual, al igual que en la ciudad preindustrial e industrial, opera por ciclos; fomentando, primero, la producción; después, los productos; en nuestros días, el mercado.

El valor económico se superpone al valor real. En este significativo trueque, la realidad antropológica se atrofia frente al valor cultural de la mercancía, y destaca el fetiche como conciencia cosificada y valor pragmático-cultural, configurándose un espacio de significados aleatorios e irresponsables. De tan desgarrada dicotomía surge el combate de quie-

nes controlan la construcción de la ciudad contra aquellos que la sopor-tan y sufren. El constructor de la ciudad: político, planificador, arquitecto, diseñador..., se transforma en un objeto de culto: sus propuestas y proyectos se subliman. Precio y reverencia serán los parámetros que sustentan el diálogo sobre el ser y el devenir del proyecto de ciudad.

Nos encontramos en los límites. El oscurecimiento del eclipse hace racional la irracionalidad de la ciudad y, exiliado en la metrópoli, el ciudadano medio desea una arquitectura voluptuosa y una vida tranquila —aunque sería más complaciente lo contrario. La falsa relación con el espacio de la ciudad viene unida a la angustia de la propiedad moderna, que prima lo privado sobre lo social y público, y el silencio de los que sufren la ciudad permite a sus promotores embaucarlos con la construcción de unas «arquitecturas simbólicas» que intentan reducir la miseria de una vida alienada por sus recuerdos e insatisfechos deseos.

Ante la discontinuidad y la heterotopía fragmentada en que se produce y reproduce la ciudad, no sólo crítica, sino también conceptual y filosófica, se hace necesaria una reconsideración de las relaciones temporales y espaciales de la misma. Una serie de interrogantes inconclusos se perfilan en los finales de siglo, ante la expoliación simétrica que han sufrido tanto la política como la cultura de la ciudad de hoy.

¿Por qué la construcción de la morada del hombre constituye un proceso destructivo? El desarrollo de la técnica ¿es solidario con la destrucción de la idea, la estructura y el espacio de la ciudad? ¿Tiene sentido seguir operando en términos de ciudad y con elementos de arquitectura? ¿Qué postulados abrimos para la reconsideración espacio-temporal de la nueva metrópoli? ¿Cómo abordar la exclusión del aura o su reinserción en la refinada y múltiple estética urbana? ¿Es posible aún la reparación de los excesos planificadores de la ciencia urbana, encargada de la evolución de la *polis* o, por el contrario, la reparación de tal fracaso tiene que asumirla de nuevo el viejo proyecto de la *civitas* arquitectónica? ¿Cómo reducir a método razonable y sobremanera eficaz el auténtico destino político de la metrópoli de hoy? ¿De qué manera la «cultura de lo inmaterial» en que descansan los fundamentos de la actual sociedad científico-técnica abre un campo de creatividad más apropiado que los gestos, tantas veces banales, esgrimidos por algunos arquitectos aferrados al poder de seducción de la imagen?

Los interrogantes atañen, evidentemente, al propio destino del pensamiento y, por tanto, el proyecto en el que desemboca la nueva metrópoli, las leyes que rigen su organización política, su estructura diversificada, la interacción de sus relaciones pragmáticas y la morfología que requiere su espacialidad policéntrica deben atender a formular un pensamiento político-filosófico sobre la finalidad y el uso de la ciudad en la presente cultura técnico-industrial, más que esa confabulación con el espíritu de sus constructores, rudos productivistas que invocan, cuando les conviene, el «espíritu de la geometría», intentando ocultar, desde sus operaciones tangenciales, la escala sin límites de la ciudad, sus proporciones desmedidas, su textura ofensiva y su decidida «voluntad de estilo».

El estilo subyacente en el «manierismo simbolista» que se esfuerza en presentar lo inexistente como real, y que permuta el espacio imaginado para la ciudad en mercancía simbólica, es fiel reflejo de la precipitada fuga de las «arquitecturas consagradas», y los acrobáticos ejercicios de algunos de sus arquitectos de los finales de siglo, en busca del fragmento imitativo, revelan con bastante nitidez cómo el proyecto de los arquitectos para la ciudad ha dejado de ser un medio de conocimiento y se ha transformado en un producto de proyecciones subjetivas, vinculadas al proceso de mercantilización integral que organiza la sociedad actual.

Como sucediera en pleno siglo XVIII —arquitectura, decoración y mobiliario—, ayer los buenos burgueses y hoy unos indiferenciados *mass media* consumen la historia, recubren sus moradas con las formas producidas en el pasado por la burguesía y contaminan con su morfología de lo «nuevo» las vicisitudes de la vida cotidiana, a decir verdad, demasiado mezquina.

La patología de la originalidad por la que discurren muchos de los discursos arquitectónicos en los espacios de nuestras ciudades proclama sin disimulo un abandono del sentido del entorno, que ahora viene sustituido por un culto apasionado del «objeto como arquitectura», y

cuyo resultado es el espectáculo urbano que podemos contemplar, esa hemeroteca de iconos visuales en competencia permanente. La arquitectura, como el espacio que construye, se ha convertido en un macro-negocio proyectado hacia el lucro económico. Este negocio, vaticina Adorno,

seguirá adelante mientras sea rentable, y la perfección que ha alcanzado impedirá darse cuenta de que ya está muerto.

Los ciudadanos inteligentes, los que sufren y soportan el exilio urbano, deben prepararse, por el momento, a fundir angustia y esperanza para cuando el eclipse haya desaparecido.

INFORMACIÓN, JUEGO Y LENGUAJE

SEBASTIÀ SERRANO



I. Esta propuesta de trabajo está en la línea de lo que han sido nuestras preocupaciones en los últimos años: la contribución, en la medida de lo posible, a la tarea de discernir cómo debe ser una teoría de la cultura y fundamentarla desde unas bases lingüístico-comunicativas. La finalidad de trabajos como éste es la de —si no explicar— sí al menos dar cuenta de muchos comportamientos comunicativos en el seno de la vida social, dar cuenta, en definitiva, de la organización de la sociedad. Existe un paralelismo evidente entre las preocupaciones intelectuales de los principios de la Edad Moderna y las actuales. Por ejemplo la que fue la preocupación por la naturaleza y el orden natural hoy es una preocupación por la sociedad y el orden social. Si el Renacimiento descubrió que la naturaleza estaba organizada y emprendió la gran tarea intelectual de descubrir los secretos —el código— del «orden» natural, en la segunda mitad de nuestro siglo XX hemos podido ver —descubrir— que la sociedad entera está organizada, y nos preguntamos por la clave del orden social, por el secreto —el código— de la organización social. Al orden social lo llamamos cultura, y por eso una teoría del orden social que dé cuenta de las interacciones sociales, de la transmisión, del intercambio, del crecimiento o la manipulación de la información, para nosotros será una teoría de la cultura.

Nuestro propósito será reflexionar sobre esta teoría de la cultura entendiéndola como un marco de referencia en el que los conocimientos actuales en disciplinas que tienen como objeto la comunicación, las ciencias de la sociedad, puedan adquirir coherencia y sentido. Huelga decir que nuestras pretensiones irán, por una parte, a la búsqueda de lazos más fuertes entre nuestra área de conocimientos y la de las ciencias naturales, y por la otra, al encuentro de relaciones más estrechas con aspectos lógicos y filosóficos del pensamiento contemporáneo.

Puesto que la vida social —fundamentada en el comportamiento comunicativo— es un experimento inacabado, las ciencias de la vida social continuarán siendo por mucho tiempo un conjunto de enunciados que jamás se pueden probar de manera definitiva y, además, aunque sea posible que cada aproximación pueda aportar algo, conviene dejar pasar un cierto tiempo para poder estar seguros. La vida social combina sucesos e información sobre el espacio del tiempo.

Igualmente, no debemos olvidar que aun sucesos aislados, como la emisión de un mensaje-señal, que de alguna manera podríamos comparar a lanzar un dado al aire, resultan movimientos de una partida —de un juego— muy complicada que se está jugando sobre una mesa —campo— muy extensa y cambiante. No es, pues, osado decir que las apuestas pueden llegar a ser muy altas en algunas partes del juego e, incluso, que algunas veces conseguimos ganar. Nadie, sin embargo, lleva una lista de los fracasos, y el partido —o la partida— continúa y continúa. Quizás si sea osadía decir que la estrategia de la historia, de la secuencia de los sucesos, de la sucesión de los hechos, quién sabe si no encuentra una expresión adecuada de sus límites en las leyes de la termodinámica, así como los modelos basados en formalismos la encuentran en el teorema de Gödel.

Haremos ahora una serie de formulaciones, si bien obvias, no obvias:

Primera: es necesario encontrar un marco teórico adecuado para fundamentar la teoría de la comunicación que, en lo posible, no esté en contradicción con el marco que explica la organización de la naturaleza. Sabemos que los límites entre naturaleza y cultura son difusos y que la naturaleza invade a la cultura y viceversa.

147